



Cuando lo tuve delante, con un estilo veraniego y bronceado, casi no lo reconocí, y mi intranquilidad se transformó en despecho.

—No es modo de comportarse —le dije. Él reía—. ¿Has discutido con Clelia?

—¡Qué va! Tengo cosas que hacer —decía—. Hazme compañía.

Paseamos toda la mañana, hablando incluso de política. Doro defendía argumentos extraños, y más de una vez le rogué que no levantara la voz. Tenía un semblante agresivo y sardónico que hacía mucho tiempo que no le veía. Intenté preguntarle por sus cosas con la intención de volver sobre Clelia, pero él enseguida se puso a reír y dijo:

—Cambiemos de tema. Eso nos debería dar igual.

Entonces caminamos otro poco en silencio y yo empecé a tener hambre, así que le pregunté si le apetecía comer algo.

—Más vale que nos sentemos —me dijo—. ¿Tú tienes algo que hacer?

—Tenía que marcharme para ir a visitaros.

—Entonces puedes hacerme compañía.

Y se sentó él primero. A veces, a través de su bronceado, miraba alrededor con los ojos en blanco e inquietos como los de un perro. De esta actitud me daba cuenta solo ahora que lo tenía enfrente, como también de que parecía sardónico en gran parte por el contraste entre los dientes y la cara. Pero él no me dio tiempo a hablar de ello y dijo en seguida:

—Cuánto tiempo sin estar juntos.

Quise ver hasta dónde llegaba. Yo estaba molesto. Es más, encendí la pipa para hacerle ver que el tiempo estaba de mi parte. Doro sacó sus cigarrillos dorados, encendió uno y me sopló en la cara toda la bocanada. Esperé en silencio.

Pero fue solo al anochecer cuando se soltó. A mediodía comimos juntos en un restaurante, ahogados en sudor; después volvimos a pasear y él entró en varias tiendas para darme a entender que tenía que hacer recados. Al caer la tarde cogimos la vieja calle de la colina que tantas veces en el pasado habíamos recorrido juntos y terminamos en una sala, entre casa de citas y restaurante, que cuando éramos estudiantes nos había parecido el non plus ultra del vicio. Salimos a pasear bajo una luna estival que nos recompuso un poco del bochorno del día.

—¿Están en el campo esos parientes tuyos? —le pregunté a Doro.

—Sí, pero aun así no voy a ir a verlos. Quiero estar solo.

Esto, viniendo de Doro, era un cumplido. Decidí hacer las paces con él.

—Perdona —le dije quedo—. ¿Podré ir a la playa?

—Cuando quieras —dijo Doro—. Pero antes hazme compañía. Quiero hacer una escapada a mi pueblo.

Hablamos sobre esto mientras cenábamos. Nos atendía, escuálida y mal ataviada, una hija del dueño, quizá la misma

que en el pasado nos había llamado la atención. Pero vi que Doro no se fijó ni en ella ni en las hermanas más jóvenes, que aparecían de vez en cuando para atender a ciertas parejas que estaban en los rincones. Doro bebía, eso sí, con mucho gusto y me incitaba a beber y se entusiasmaba hablando de sus colinas.

Pensaba en ellas desde hacía un tiempo, me dijo; hacía... ¿cuánto? ¿Tres años que no las veía? Quería tomarse unas vacaciones. Yo escuchaba, y sus palabras me excitaban también a mí. Muchos años antes de que él se casara habíamos recorrido, a pie y con mochila, toda la comarca nosotros solos, sin preocupaciones y dispuestos a todo. Íbamos por fincas y caseríos, seguíamos el curso de torrentes, dormíamos, a veces, en algún henil. Y qué conversaciones habíamos tenido —pensándolo me sonrojaba o me estremecía casi incrédulo—. Teníamos entonces esa edad en la que se escucha hablar al amigo como si hablásemos nosotros mismos, en la que se vive entre dos esa vida común que aún hoy yo, que soy soltero, creo que consiguen vivir ciertas parejas casadas.

—Pero ¿por qué no haces la excursión con Clelia? —dije sin malicia.

—Clelia no puede, no le apetece —balbuceó Doro, apartando el vaso—. Quiero hacerla contigo. —Esta frase la dijo con énfasis, arrugando la frente y riendo, como hacía durante las discusiones acaloradas.

—En resumen, hemos vuelto a ser chavales —mascullé, pero quizá Doro no me oyó.

Hubo una cosa que no pude aclarar aquella tarde: si Clelia estaba al tanto de la escapada. Algo en la conducta de Doro me decía que no. Pero ¿cómo volver sobre un tema que mi amigo insistía tanto en dejar de lado? Esa

noche le hice dormir en mi sofá —tuvo un sueño bastante agitado— y yo pensaba más que nunca en por qué, para hablarme de una cosa tan inocente como el proyecto de un viaje, había esperado hasta la noche. Me molestaba pensar que quizá yo solo era la escapatoria de una discusión con Clelia. Ya he dicho que de Doro siempre fui bastante celoso.

Esta vez cogimos el tren muy temprano y llegamos cuando aún no hacía calor. Se abría ante nosotros un campo tan grande que los pocos árboles que lo poblaban parecían diminutos. A lo lejos despuntaban las colinas de Doro. Colinas oscuras, boscosas, que proyectaban sus sombras matutinas sobre los cerros amarillos salpicados de caseríos. Doro —me había propuesto tenerlo vigilado— se tomaba ahora la excursión con mucha calma. Había conseguido hacerle decir que duraría como máximo tres días. Incluso lo disuadí de llevarse la maleta.

Bajamos mirando a nuestro alrededor y mientras Doro, que conocía a todos, entraba en el Albergue de la Estación, yo me detuve en la plaza solitaria —tan solitaria que miré el reloj esperando que ya fuera mediodía—. No eran aún ni las nueve, y entonces estudié con atención el empedrado nuevo y las casas bajas, de persianas verdes y balcones floridos llenos de glicinias y geranios. La casa que en el pasado había pertenecido a Doro se encontraba a las afueras del pueblo, sobre la elevación de un valle abierto a la llanura. Habíamos pasado una noche, durante el famoso viaje, en una antigua habitación con cenefas de flores sobre las puertas, dejando por la mañana las camas deshechas y preocupándonos tan solo de cerrar la verja. No tuve tiempo de pasear por el parque que la rodeaba. Doro había nacido en aquella casa —sus padres vivían en ella todo el año y allí

murieron— y, al casarse, la había vendido. Yo tenía curiosidad por ver su cara delante de aquella verja.

Pero, cuando salimos del albergue para pasear, Doro se dirigió hacia otra parte. Atravesamos las vías del tren y bajamos siguiendo el río. Estaba claro que caminaba buscando un sitio a la sombra, igual que en la ciudad se va en busca de un café.

—Creía que íbamos a la casa —farfullé—. ¿No hemos venido expresamente para eso?

Doro se paró, mirándome de arriba abajo:

—¿Qué te crees? ¿Que estoy aquí para volver a mis orígenes? Lo que importa ya corre por mi sangre y nadie me lo puede quitar. Estoy aquí para beber un poco de mi vino y cantar una vez más con quien yo me sé. Me distraigo un poco y ya.

Quería decirle: «No es cierto», pero la verdad es que me quedé callado. Di una patada a una piedra y me saqué la pipa de la boca.

—Sabes que canto mal —dije entre dientes. Doro se encogió de hombros.

Pasamos mañana y tarde vagabundeando tranquilamente por las subidas y las bajadas del otero. Parecía que Doro estuviera cogiendo adrede caminitos que no llevaban a ninguna parte, sino que morían en el bochorno sobre un pedregal, contra un seto, ante una verja cerrada. Por la tarde, cuando el sol ya estaba bajo sobre la llanura y la cubría de polvo, y las robinias empezaban a mecerse con la brisa, subimos un trecho de la carretera que cruzaba el valle. Sentía que revivía, y también Doro se volvió más locuaz. Habló de un campesino que en su época era famoso por echar a sus hermanas de casa —tenía bastantes— y que, después, recorría uno a uno los caseríos en los que estas habían buscado

refugio, presentándose fuera de sí y exigiendo una comida de reconciliación.

—¿Quién sabe si aún está vivo —dijo Doro. Vivía en una casa pequeña que se veía desde allí abajo. Era un hombrecillo flaco que hablaba poco y al que todos temían, pero con una particularidad: no quería casarse porque decía que se habría tenido que molestar también en echar a su mujer. Una de las hermanas al final se había escapado de verdad, provocando en el pueblo satisfacción general.

—¿Qué era? ¿Un hombre representativo? —dije.

—No, un hombre nacido para otra cosa, un inadaptable, uno de esos que aprenden a ser astutos porque tienen una vida que no les gusta.

—Todos deberían ser astutos, pues.

—Exacto.

—¿Y al final se casó?

—¡Qué va! Se quedó con una hermana, la más robusta, que le daba hijos y se ocupaba de la viña. Y estaban bien. Y quizá estén bien todavía.

Doro hablaba en un tono sarcástico, y mientras hablaba dirigía la mirada hacia la colina.

—¿Le has contado alguna vez esta historia a Clelia?

Doro no respondió; puso cara de estar pensando en otra cosa.

—Clelia es el tipo de persona que se divertiría escuchándola —continué—, sobre todo porque no es tu hermana.

Pero como respuesta no obtuve más que una sonrisa. Doro, cuando quería, sonreía como un chaval. Se paró apoyando la mano sobre mi hombro.

—¿Te he contado que un año traje a Clelia aquí? —dijo. Entonces me paré yo también. No dije nada y esperé.